

MAESTROS DE OCCIDENTE

(Prólogo)

Reúno ahora en forma de libro un conjunto de investigaciones y estudios que he ido elaborando a lo largo de un cuarto de siglo. Aunque es fruto del trabajo de un especialista, no es un libro destinado a los especialistas sino a todos aquellos que estén interesados en el pensamiento medieval, bien se trate de estudiosos de historia, de filosofía o simplemente de lectores atraídos por la cultura de esa época verdaderamente dorada en al-Andalus, es decir, el Estado islámico que se asentó durante siglos en la Península ibérica, pues también Portugal formó parte de él. Contribuir modestamente a recuperar ese legado de civilización que echó raíces en la vieja piel de toro, ésa es mi esperanza.

Al volver la vista atrás, me llaman la atención no sólo los cambios producidos en nuestro mundo cultural, tan cerrado durante el represor dominio del franquismo, sino, sobre todo, los que he experimentado yo mismo en este proceso de acercamiento a nuestra Edad Media. Ya el llamar «nuestra» a la cultura de al-Andalus supone una ruptura con aquella manipulada educación colectiva en la que fuimos instruidos los jóvenes de mi generación. Por desgracia, la lista de los reyes godos (alguno de los cuales brilló por su «hazaña» de despedazar a un oso) y las batallas de la llamada Reconquista conformaban la visión de nuestro pasado histórico. Hasta hace pocos años era habitual ver reflejada esa ideología de cruzada en iglesias y plazas de muchas ciudades españolas. Durante largo tiempo constituyó una excepción la siempre evocadora ciudad de Córdoba con sus estatuas en plazas y jardines dedicadas a ilustres personajes musulmanes y judíos que nacieron y vivieron en la España musulmana, como Averroes, Ibn H̄azm y Maimónides. Hoy, por fortuna, no es raro encontrar a lo largo y ancho de la península estatuas y lápidas en recuerdo de aquellas figuras de ese brillante legado medieval. Y es que, como nos ha recordado el sabio egipcio Maḥmūd ‘Alī Makkī en una entrevista publicada por el diario *EL PAÍS* (16 de noviembre de 2005), «los musulmanes de España eran tan españoles como los cristianos del norte».

Mi interés por al-Andalus no surgió, como pudiera suponerse, en mi Andalucía natal sino en la Universidad de Madrid allá por el año 1966. Estaba terminando yo mis estudios de Filosofía cuando tuve la suerte de que el profesor encargado de la asignatura de «Filosofía Española» nos recomendara la lectura de *El collar de la paloma* de Ibn H̄azm de Córdoba. En el desesperanzado ambiente de aquella Facultad de Filosofía y Letras que en meses anteriores había perdido a un maestro de la talla de Aranguren, vergonzosamente expulsado de la Universidad, y con él a sus dos valiosos profesores adjuntos, los doctores Javier Muguerza, en Ética, y Eloy Terrón, en Sociología, aquella indicación bibliográfica representó algo más que un detalle erudito: fue el descubrimiento de un océano de cultura hasta entonces desconocido para mí y que me deslumbró. Ese joven profesor, malgrado poco después, que se distinguía por su sensibilidad estética y un trato exquisito con los alumnos, se llamaba Cándido Cimadevilla. Me es grato traer ahora a la memoria su nombre. En el gris sobre gris de aquel descolorido claustro de profesores Cimadevilla aportó el verdor de su talento.

Que el amor (en su realidad sexual y en las fantasías eróticas, así como en las señales del enamoramiento y en sus frecuentes desventuras) fuera el tema central de esa genial obra literaria andalusí tan bellamente traducida del árabe por García Gómez, me sorprendió agradablemente entonces. Releamos, por ejemplo, un breve paso del capítulo II en el que se nos ofrece esta significativa pincelada: “Por el amor, los tacaños se hacen desprendidos; los huraños desfruncen el ceño; los cobardes se envalentonan; los ásperos se vuelven sensibles; los ignorantes se pulen; los desaliñados se atildan; los sucios se limpian; los viejos se las dan de jóvenes; los ascetas rompen sus votos, y los castos se tornan disolutos”.

A comprender la riqueza del pensamiento árabo-islámico me ayudó en aquellos lejanos años un excelente libro del maestro y amigo Miguel Cruz Hernández titulado *La filosofía árabe*, que todavía conservo en la cuidada tipografía de la editorial Revista de Occidente aunque con la portada ya amarillenta por el paso del tiempo. De don Miguel he aprendido, tanto en sus textos como en nuestras frecuentes conversaciones personales, a descubrir la originalidad del pensamiento islámico, a conocer mejor la filosofía de Averroes y a saber situar más fielmente el mundo histórico en que se desarrolló la cultura andalusí.

Desde principios de los años 80 del siglo pasado, cuando comencé a explicar «Filosofía Española» en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Málaga, tuve que ampliar, no sin dificultades, mis anteriores estudios de filosofía griega al Islam medieval. De entonces data mi admiración por el filósofo sefardí Ibn Gabirol, en cuyo honor su Málaga natal le erigió una bella estatua en el arriate de calle Alcazabilla frente al Teatro Romano y junto al que ahora es el Museo Picasso. En el otoño de 1983, una vez aprobadas las oposiciones al cuerpo de profesores adjuntos de Universidad, me trasladé a Madrid como profesor encargado de la asignatura «Filosofía Helenística y Medieval», a la que luego se añadiría la asignatura de «Filosofía Española». Mi estudio sistemático de la filosofía de al-Andalus data de entonces gracias a los ricos fondos bibliográficos de la Biblioteca Félix María Padre Pareja perteneciente al Instituto Hispano-Árabe de Cultura, liquidado unos años más tarde en una decisión política tan torpe como servil.

En ese esfuerzo intelectual me animó cuanto pudo Salvador Gómez Nogales, erudito profesor de la Universidad de Comillas que unía a su sólida formación clásica un conocimiento de primera mano de la filosofía islámica. Heredé de él, entre otras cosas, el interés por la Psicología aristotélico-averroísta. Fue una suerte del destino haber disfrutado de su amistad en los últimos años de su vida, pudiendo colaborar así con él en proyectos filosóficos comunes. Su pasión por el conocimiento, incluso en dramáticas circunstancias personales, lo elevaban muy por encima del perfil medio de nuestra Universidad.

Siempre he tenido como paradigma en mis investigaciones el estilo de trabajo de don Miguel Asín Palacios, maestro de arabistas. Su calidad filológica, su valor al formular hipótesis revolucionarias (bien se trate, por ejemplo, de las huellas islámicas en el Dante o de las fuentes sufíes en los grandes místicos carmelitanos) y su honestidad intelectual a la hora de valorar una aportación doctrinal que no compartía, me siguen pareciendo modélicas. Representó para mí una gran satisfacción y un honor personal el haber contribuido a que la Biblioteca y el Archivo de don Miguel Asín pasaran a integrarse en la Biblioteca Central de la UNED, situada en la Ciudad Universitaria de Madrid junto al legendario Puente de los Franceses. Gracias a la generosidad de la familia del sabio aragonés y a la cooperación de mi Universidad, se evitó la destrucción o dispersión de un legado bibliográfico árabe de excepcional valor que arrancó ya de don Francisco Codera con su fichero manuscrito y las fuentes históricas hispano-árabes editadas por él; legado

que luego acrecentó con su talento inconfundible el propio Asín y más tarde su sobrino el arabista y académico Jaime Oliver, hoy accesible a los estudiosos como «Biblioteca Miguel Asín-Jaime Oliver Asín» en la planta quinta de la Biblioteca Central de la UNED.

Volvamos ahora al contenido de este volumen. Desde que sufrí la atadura a los viejos manuales allá en los lejanos años de estudiante universitario, siempre me ha parecido empobrecedor reducir el desarrollo de un curso académico a un texto escolar de esas características. A veces se intentaba encubrir esa pobreza académica con la hoja de parra de unos escuálidos apuntes de clase que nunca hubieran aguantado la prueba de fuego de aparecer públicamente impresos. A esa amarga experiencia se añadió después la frecuente insistencia del querido maestro Emilio Lledó en centrar la enseñanza universitaria sobre los propios textos filosóficos y no en torno de los viejos manuales. Por eso, no he pretendido nunca redactar un manual sino renovar la historiografía filosófica de mi campo de conocimiento mediante investigaciones concretas muy ligadas a las fuentes textuales y sin perder de vista los estudios recientes sobre dicho tema o autor. Ello explica la estructura de este libro, su diversidad buscada y su unidad más de fondo que de forma.

He dividido el conjunto de los trabajos en tres Partes. La Primera de ellas tiene un carácter general e introductorio, ya se trate de una aproximación al pensamiento andalusí desde la sociología de la cultura («¿Cómo fue posible la germinación de la filosofía en al-Andalus?»), de un análisis filológico sobre la recepción del léxico de Aristóteles en la tradición medieval, o de una perspectiva histórico-crítica de la Reforma almohade, tan decisiva en el siglo XII, verdadero Siglo de Oro de la filosofía andalusí.

En la Segunda se estudian aspectos fundamentales del pensamiento andalusí a través de sus principales representantes. La parte del león corresponde, por razones evidentes, a dos gigantes de la filosofía medieval, Averroes y Maimónides. No he reducido, sin embargo, mi horizonte temático a la filosofía, y por ello he prestado atención a la concepción de la historia en Ibn Jaldūn, a la lexicografía del gran filólogo murciano Ibn Sīda y a la historiografía filosófica de un influyente hombre de ciencia andaluz, el astrónomo y juez Šā'id al-Andalusī. Dos de esos trabajos tienen una clara finalidad divulgadora: el dedicado a Ibn Sida y el que lleva por título «Averroes, el filósofo que abrió Europa a la modernidad», publicado por el diario *EL PAÍS*.

La Tercera Parte está dedicada a dos figuras excepcionales del arabismo español, profundamente vinculadas a la recuperación de la cultura de al-Andalus, Miguel Asín Palacios y Emilio García Gómez. Recordemos ahora esta aguda reflexión de Asín acerca de aquel periodo histórico: “ La España medieval se nos aparece como el foco en que vinieron a convergir de nuevo providencialmente las luces de la humana cultura, apagadas o al menos oscurecidas hasta entonces en Occidente, por la tremenda catástrofe que para Europa significó la invasión de los Bárbaros del Norte. En la España musulmana, punto de sutura del hilo roto, se reanuda éste...” (*Huellas del Islam*, Introducción).

El principal escollo que he intentado evitar en los estudios aquí recogidos ha sido el tópico de considerar la filosofía árabo-islámica como mero reflejo o copia de la filosofía griega. Con razón se quejaba Mohamed Ábed Yabri de ese menosprecio en su conocida obra *El legado filosófico árabe*: « Los arabistas occidentales no encuentran en ella [la filosofía islámica] más que la filosofía griega transcrita en caracteres árabes».

Por el contrario, sólo viendo la filosofía andalusí en sí misma y dentro del contexto histórico en el que surgió, podremos reconstruirla de un modo correcto. Yabri censuraba el hecho de que tanto los historiadores occidentales como los árabes se hubieran olvidado de hacer «una historia viva y en evolución» de la filosofía árabo-islámica que tuviera en

cuenta su contenido ideológico. Añadiré por mi parte que la crítica radical de este pensador árabe debe ser asumida y repensada por todo aquel que se proponga superar los errores del pasado. Hasta qué punto haya logrado depurar mis trabajos historiográficos de esas limitaciones antes apuntadas, no me corresponde a mí decirlo sino a la crítica.

Finalmente, deseo agradecer su ayuda a las Bibliotecas que me permitieron utilizar las fuentes y estudios que he necesitado para llevar a cabo mis investigaciones: Biblioteca Islámica Félix M^a Pareja, Biblioteca Central de la UNED y Biblioteca del Ateneo de Madrid. Algunos colegas arabistas me facilitaron también obras difíciles de localizar o contestaron puntualmente a preguntas que yo les formulaba. Citaré ahora sus nombres con mi agradecimiento: Maḥmūd ‘Alī Makkī, de la Universidad de El Cairo; Oliver Leaman, de la Universidad de Kentucky; Carmela Baffioni, del Istituto Universitario Orientale de Nápoles; Massimo Campanini, de la Universidad de Milán; Eloísa Llaveró, de la Universidad de Las Palmas; Manuel Acién y María Isabel Calero, de la Universidad de Málaga; Antonio Arjona, de la Real Academia de Córdoba.

Dos ilustres medievalistas de Lovaina ya desaparecidos atendieron mis consultas con especial amabilidad: Fernand Van Steenberghen, acerca de la recepción latina de Averroes, y Josef Brams, sobre Guillermo de Moerbeke. Vaya ahora también un recuerdo especial hacia el gran medievalista francés Maurice de Gandillac, fallecido el 20 de abril de 2006, con quien recorrí las tierras andaluzas de Córdoba, Granada y Almería en un inolvidable viaje marcado por la huella andalusí que él tanto apreciaba. Que la memoria de ellos y su ejemplo iluminen nuestro camino.

Madrid, 30 de noviembre de 2006